

JAMES POTTER

Y EL
HILO CARMESES



5

G. NORMAN LIPPERT

JAMES POTTER
Y EL HILO CARMESÍ
G. NORMAN LIPPERT

CARIÑOSAMENTE BASADO EN LOS MUNDOS Y PERSONAJES DE J.K. ROWLING

© G. NORMAN LIPPERT, 2017



Capítulo 24

La Sangre del amor más querido

De alguna forma, asombrosamente, James sintió la presencia de la Marca Tenebrosa en el instante dividido incluso antes de reaparecer. El hechizo era un escalofrío esmeralda en el vacío, como las profundidades de un pozo cubierto de musgo. Pasó a través de él de alguna manera cuando el mundo se revolvió a su alrededor, depositándolo en una colina azotada por el viento, bajo la descomunal extensión de un árbol muerto. Vaciló y cayó, nunca se había aparecido a tal distancia y no estaba acostumbrado a la extraña inercia de la misma. La hierba seca lo recogió, le sopló y le dio vueltas en la cara, pero se apresuró a ponerse de rodillas, desorientado y sin aliento por el pánico. No quedaba tiempo. Probablemente ya fuera demasiado tarde. Miró a su alrededor violentamente, tratando de darle sentido a su entorno.

La luna aún brillaba aquí, amarillo pálido en el horizonte, sin obstrucciones por la tormenta inminente. Al lado de James, el árbol muerto salía de la tierra, retorcido y nudoso, como una mano artrítica gigante con cien dedos.

Más allá de esto, apenas visible a la pálida luz de la luna, se extendía un cementerio muy antiguo. Sus lápidas se inclinaban como dientes podridos, abrazadas dentro de los confines de una valla de hierro estrangulada por las malas hierbas. Un arco decorativo marcaba la entrada. Encima de este, aun elevándose contra las nubes de tormenta que se aproximaban, estaba el enorme y horrible cráneo, fantasmagórico y terrible, de la Marca Tenebrosa. Su mandíbula estaba desquiciada, abierta en un grito silencioso. Desde la boca abierta, una serpiente espectral se derramó, desenrollándose, abriendo sus propias mandíbulas con colmillos en un vicioso siseo.

—¡No! —ladró James, pero su voz era apenas una cáscara seca, perdida en el zarandeo del viento. Utilizando el antiguo árbol muerto para apoyarse, se puso de pie y se precipitó colina abajo, bajo el arco torcido de la puerta, y en las líneas y filas de viejas lápidas.

Escuchó voces, indistintas en el viento. Y luego los vio.

Albus y Petra se encontraban en una baja altura, en la esquina de la valla de marcha, sus hombros y cabezas iluminados desde arriba por la luz verde espeluznante de la Marca Tenebrosa. Cerca de sus pies había una tumba abierta, junto a una ordenada pila de tierra fresca.

—¡Deténganse! —gritó James desesperadamente, lanzando una mano hacia ellos, olvidando que su varita todavía estaba agarrada en ella. Se vería como una pose de ataque. —¡Ustedes dos! Sé lo que piensan que tienen que hacer, pero no tiene por qué ser así. ¡Albus, no dejes que termine así!

Albus lo vio, lo escuchó, pero ignoró a su hermano. Incluso desde la distancia, James podía ver la expresión de ceño fruncido en el rostro de su hermano, la expresión que había usado casi exclusivamente durante las últimas semanas, silencioso y sombrío mientras estaba en la mesa de Slytherin en el Gran Comedor y en las esquinas de los pasillos, perdido en sus propias meditaciones oscuras. No era simplemente que estaba destrozado por su ruptura con Chance Jackson. James vio ahora lo que era. Su hermano se había estado preparando para algo, preparándose para un deber horrible que creía

que debía soportarlo él solo. ¿Le había contado Odin-Vann incluso antes de habérselo contado a Petra? ¿Había explotado la oscuridad interna natural de Albus, se había aprovechado de su melodrama adolescente?

De cualquier forma, Albus era la Ofrenda, listo para renunciar a todo por el bien del mundo entero.

Al otro lado de la oscura y ventosa distancia, Albus se volvió hacia Petra. Ella tenía su varita en la mano. Lentamente, de mala gana, ella lo apuntó.

—Hazlo —insistió Albus con calma, su voz delgada y pequeña, arrastrada por el viento.

—¡No! —exclamó James, tan fuerte como pudo. Corrió hacia adelante, pero se detuvo de nuevo cuando Petra lo miró, sus ojos brillantes y atentos, pero nublados con ciega determinación. Ella lo haría de verdad, James vio. Se detuvo de nuevo, levantando ambas manos en un gesto de advertencia. —¡Ya vienen los demás! —se escuchó gritar. —¡y no perderán el tiempo con palabras! ¡Solo tenemos unos segundos! —cambió su mirada hacia su hermano. —¡Albus, no seas tonto!

—Lo siento —murmuró Albus. Él no estaba hablando con James, o incluso Petra. Casi parecía estar hablando con las tumbas cercanas, como si las estuviera decepcionando de alguna manera. Se volvió y asintió con la cabeza a Petra.

—¡Petra! —gritó James frenéticamente, y comenzó a avanzar otra vez llegando a estar a treinta pies de la pareja. La tormenta soplaba con una velocidad espeluznante, y llegaba para borrar la luna detrás de una gran y progresiva ala de nubes. El viento azotaba la hierba y sacudía las ramas de los árboles. —¡Por favor no! ¡Esto no es lo que realmente eres!

—Tienes razón, James —dijo Petra, con los ojos fríos, muerta de determinación cuando se volvió hacia él. Junto con su mirada, la varita en su mano se giró también, alejándose de Albus, volteándose para apuntarlo, moviéndose con un propósito lento e inequívoco. —A partir de ahora, seré conocida por un nombre completamente diferente. Soy Morgana ahora. Y como llegaste después de todo, a pesar de todas mis advertencias, me temo que debes ser tú quien morirá por mi causa. El valiente Albus era tu sustituto dispuesto, tu subrogante. Porque su sangre es tu sangre, y por lo tanto capaz de satisfacer la magia oscura del portal dimensional. Pero ahora... *tú* estás aquí. Y



no puedo negar lo que el destino exige —lagrimas cayeron por sus mejillas, pero su mirada no titubeó, ni tampoco la varita en su mano. —Lo siento mucho, lo siento, mi amor.

—¡No! —gritó Albus, y se lanzó con ambas manos, incluso cuando la cara de Petra se arrugó y la varita en su mano explotó con una vívida luz verde.

James sintió el poder del hechizo mientras volaba hacia él, iluminando el cementerio, proyectando sombras de tinta en un radio detrás de cada lápida, cada brizna de hierba individual. La maldición asesina se arqueó a lo largo de la distancia entre ellos y James la vio venir, como si el tiempo se hubiera vuelto plástico, permitiéndole estirar su último instante hasta el paciente infinito. Vio las manos de Albus en la muñeca de Petra, vio las lágrimas mojadas en sus mejillas, su boca fruncida con tristeza, cerró los ojos, incapaz de mirar.

Y James pensó, está bien. Me alegro de ser quien sirva a Petra. Incluso si eso significa mi muerte. Incluso si ella está equivocada, y matarme no haga un portal dimensional, como seguramente le dijo Odin-Vann. Al menos significa que Albus no tiene que ser la Ofrenda. Trató de salvarme. Ella me amaba enviándome lejos. Pero siempre se suponía que debía estar yo con ella aquí en el cementerio, no Albus. Si morir le está sirviendo, incluso si está basado en una mentira y un error... entonces estoy contento de hacerlo.

El hechizo asesino golpeó y explotó. James sintió un chorro de pimienta en la cara y el cabello, retrocedió un paso con la fuerza de la explosión, y luego sintió que caía hacia atrás, casi suavemente, aterrizando en una corriente de brezo y hierbas. Y sin embargo, incluso mientras miraba el terrible resplandor de la Marca Tenebrosa, sintió que no estaba muerto, ni siquiera particularmente herido. Aturdido, se levantó sobre los codos y levantó la cabeza. Directamente delante de él, una lápida se tambaleó, se derrumbó y se deshizo, todavía humeando chispas verdes. La intervención de Albus había sido suficiente para estropear la puntería de Petra, enviando la maldición asesina a la lápida en lugar del pecho de James.

Y luego, en el silencio sin aliento que siguió, el caos estalló en todo el cementerio.

Una secuencia de sonidos penetrantes resonaron desde todas las direcciones y las figuras se aparecieron en su lugar, rodeando el cementerio y moviéndose inmediatamente a posiciones defensivas. Se agazaparon detrás de los árboles,



agachados detrás de lápidas y mausoleos. Había seis, y luego diez, y luego más de una docena.

—¡Cuidado! —una voz profunda, Merlín, exclamó desde la oscuridad cerca del árbol muerto. —¡Se ha lanzado una maldición asesina!

—No pierdan el tiempo en Aturdir —ordenó otra voz, James tuvo la terrible intuición de que era su padre. —¡Pero asegúrense a quién apuntan! ¡Puede haber gente inocente presente!

La voz de una mujer gritó —¡La veo! ¡Esquina noreste!

Hechizos explotaron en el cementerio, iluminándolo con mortíferos fuegos artificiales.

Albus buscó a Petra, pero ella se alejó de él, acercándose a James en una carrera frenética. Él se apartó de ella con súbito temor, pero ella dejó caer la varita cuando llegó, corriendo entre crepitantes rayos de luz. Cuando ella lo alcanzó, cayó de rodillas y se derribó sobre él.

—¡Estás vivo! —jadeó, y gimió de miedo, y lo abrazó.

—Sí —dijo débilmente contra su hombro. —Lo siento por eso.

—¡No! —dijo, y lo apretó más fuerte. —*Dejé* que Albus arruinara mi objetivo. ¡No tenía la fuerza para hacer lo que debía! ¡Fallé todo! ¡Todo es mi culpa!

Él la abrazó de vuelta, y ella pareció flácida en sus brazos, ya sea con alivio o desesperanza. Supuso, dadas las circunstancias, que podrían ser ambos.

—Odin-Vann te mintió —dijo... o al menos comenzó a hacerlo. A mitad de la oración, un rayo de luz naranja golpeó un obelisco cercano, destruyendo su base. Se desmoronó, se separó y comenzó a derrumbarse. James vio su sombra amenazante en el instante antes de que golpeará. Con cada onza de su fuerza, empujó a Petra, tirándola lejos de él y fuera del camino del obelisco. Le golpeó en el hombro, lo aplastó tan fuerte y rápido que apenas lo sintió. La oscuridad se desplomó sobre él, pero no la oscuridad de la inconsciencia. Estaba aplastado contra la maleza y el brezo, boca abajo, con la parte superior de su cuerpo sujeta de repente bajo un monstruoso y frío peso, como si un gigante estuviera sobre sus hombros.



— ¡James! —gritó Petra, su voz quebradiza por el terror y el miedo, pero el sonido era distante, extrañamente sin importancia, como algo que se escucha en una radio en la casa de otra persona. Aun así, alguna parte profunda y enterrada de la mente de James odiaba escuchar a Petra molesta. Intentó llamarla, decirle que todo estaba bien. Pero ningún aliento llegó a sus pulmones aplastados. Cuando abrió la boca, solo salió sangre, caliente y pegajosa, con sabor a cobre.

Sabia, con un vago interés, que probablemente se estaba muriendo, aplastado bajo el monumento caído.

Pero luego, dichosa y repentinamente, el peso se había ido. Su pecho sufrió un espasmo, jadeó por aire y, en cambio, sintió dolor. Sintió sus costillas astilladas, sintió el rasgado cuando los huesos rotos pinchaban cosas dentro de su cuerpo.

— ¡No! —gritó Petra, esta vez con énfasis bajo y furioso.

Hubo una ráfaga de viento terrible. Un sonido como una vajilla demoledora. Y luego, una serie de boom, trash, crash, y gritos distantes.

— ¡Minerva! —bramó una voz.

— ¡Hardcastle ha caído! —dijo una mujer sin aliento.

— ¡Retrocedan! —la voz de su padre, aterrada y desesperada. James se sintió levantado del suelo, suavemente, y otra capa de dolor sacudió su cuerpo.

Ligeramente, sintió movimientos alrededor. Objetos grandes y pesados se arremolinaban alrededor del cementerio como un ciclón, golpeando los árboles y sonando desde la valla rota. Eran piedras sepulcrales, monumentos, puertas de mausoleo, puertas de fierro, todo tirado suelto y alimentado por la voluntad vengativa de Petra, formando una vorágine intransitable.

Y sin embargo, sus ojos eran suaves, doloridos por el remordimiento mientras lo miraba. James se dio cuenta de que él, al igual que las lápidas y los monumentos, también estaba siendo sostenido en alto en el agarre de la hechicera Petra, pero con ternura, como si la gravedad simplemente se hubiera olvidado de él por un momento. Débilmente, se dio cuenta de que la sangre mojaba su camisa, enfriándose rápidamente en el viento tormentoso.



Petra lo estudió, pareció mirarlo. Y luego, usando los poderes que eran únicos para ella, comenzó a enmendarlo. Sintió un hormigueo y luego se quedó sin aliento, más en sorpresa que dolor, cuando sus costillas volvieron a su lugar, liberando sus pulmones de su apretón mortal. Las rupturas en el fondo de su cuerpo primero se entumecieron, y luego se calentaron cuando el dolor se desvaneció. Tentativamente, tomó aliento. Su pecho se expandió, tomó aire y su cabeza nadó.

—Eso fue una estupidez de tu parte, James —dijo Petra en voz baja, cariñosamente, mientras lo acomodaba de nuevo en la hierba, yendo a su encuentro. El ciclón de lápidas todavía nadaba por todas partes, apresurado y surrealista. —Podría haber resistido la piedra que caía y protegerte de ella.

—No pensé en eso —susurró James, recuperándose ligeramente cuando la gravedad lo recogió nuevamente. —Simplemente actué.

—Eres tú en pocas palabras —dijo, y sonrió débilmente.

Ella se acercó a él y le puso una mano en el pecho. Su camisa todavía estaba empapada de sangre. Se pegó a su palma engrasada con rojo.

James la miró. Su propia cara estaba ensangrentada. Fue una vista impactante de presenciar. Algo, probablemente un trozo de obelisco cayendo, le había golpeado la sien y la había cortado. La sangre goteaba desde debajo de su cabello, por la línea de su mejilla, y goteaba de su barbilla. La caída de piedra podría no ser capaz de matarla, pero aún podía ser cortada.

Ella todavía era lo suficientemente humana como para sangrar.

Le ahuecó la mejilla, sintió la cálida humedad de su sangre contra sus dedos, trató de limpiarla de su piel.

Ella sacó la mano del pecho de James y miró hacia abajo. Su palma estaba resbaladiza y pegajosa con su sangre. Con su cabeza aún baja, ella lo miró a los ojos. Había una mirada desconcertante y calculadora en su mirada, como si quisiera decir algo, pero no se atrevió.

Un objeto brillaba levemente en la solapa de su jersey. James miró hacia abajo, vio que era el broche de su padre, el gemelo idéntico al que había caído al océano cuatro años antes.

Sin decir una palabra, Petra levantó la cabeza. Manteniendo su ensangrentada mano derecha levantada, se volvió, como si enfrentara la tormenta entrante.

—*¡Claudicatis in æternum mortiferum!* —su voz era terrible, ensordecedora como un trueno, pero clara como el canto de un pájaro.

Un rayo escindió el cielo. Se abrió paso a través del cráneo de la Marca Tenebrosa, iluminándolo y golpeando la tierra inmediatamente frente a Petra. La explosión empujó a James hacia atrás, volviendo a derrumbarlo sobre la masa de brezos y hierbas. Sin embargo, el rayo no golpeó y desapareció, sino que permaneció bloqueado en su lugar, enjaulado entre la tierra y el cielo, revolcándose dentro de sí mismo, crujiendo con una voz de condenación.

—¡Petra! —gritó James, pero su voz era virtualmente inaudible bajo el ruido.

Ella no lo escuchó, o eligió ignorarlo si lo hacía. Pero miró hacia atrás. Contra el brillo cegador e hirviente, su rostro era una mera silueta. El viento tormentoso le desgarró el pelo, lo agitó sobre su rostro y se volvió hacia él una última vez. Ella intentó sonreír. Fue un intento triste y patético. Sus ojos brillaban con arrepentimiento.

Y luego, con un aliento tembloroso y hombros cuadrados, se enfrentó al portal mágico que había conjurado, dio un paso adelante y se adentró en su violenta mirada. La tragó con una explosión de luz cegadora y un viento helado con fuerza de huracán.

La explosión aplastó a James, se lanzó en todas direcciones.

A su alrededor, la vorágine de piedra y fierro se desprendió y se estrelló contra el suelo, sin su dueña.

—No, —dijo James de nuevo, ya no gritaba, apenas susurraba. Contempló el crepitante rayo de luz capturada, el portal mágico, ahora vacío. No se había desvanecido con Petra, pero la Marca Tenebrosa de arriba lo había hecho.

James se puso en pie, trató de avanzar hacia el rayo, para seguir a Petra, pero una mano lo agarró del hombro. No vio de quién era y no le importó. Se giró para tirarla, con los ojos todavía fijos en la corriente de luz.

—¡James! —gritó una voz, y la mano lo tiró con más fuerza, tirando de él hacia atrás. Todavía James luchaba, arremetiendo, esforzándose por alejar la mano.



Más manos lo agarraron, lo tiraron, lo forcejearon.

—Si entras al portal sin los sigilos —exclamó la voz sin aliento —¡te matará al instante! ¡Deja de luchar contra nosotros, gran idiota!

James finalmente parpadeó y se giró, como si saliera de un trance. Se encontró mirando a su hermano, Albus.

—Se ha ido —dijo otra voz, esta vez una femenina. James miró a un lado, todavía aturdido, y vio a Rose que sostenía su hombro. A su lado estaba Ralph, Scorpius y Zane que estaban de pie al otro lado de Albus, con los ojos muy abiertos y atormentados.

—¿Qué pasó? —preguntó James con voz aturdida, sintiendo que de alguna manera las cosas eran peores de lo que él sabía.

Ralph tragó saliva. —Una vez que nos enteramos de dónde se habían ido todos, los seguimos. Rose se apareció junto con Zane. Corrimos al cementerio y golpeamos el suelo cuando comenzaron los hechizos. Los otros se retiraron... —dijo, y luego negó con la cabeza. —Y luego, todos ellos...

—Se han ido —dijo Zane, con los ojos abiertos en shock, como si él mismo no lo creyera. —Las piedras volantes sacaron algunos de ellos. Tal vez fueron simplemente noqueados... tal vez...

—¿Papá?! —preguntó James, volteándose hacia Albus.

Albus negó con la cabeza. —No lo sé. Cuando te lastimaste, Petra *estalló*. Todo el lugar se volvió loco. Y luego, cuando conjuró el portal, envió una especie de... fuerza que corría por todo el campo en todas direcciones. Estábamos dentro de la valla, acuclillados y escondidos. ¡Pero todos fuera del cementerio, simplemente... desaparecieron!

—Se hicieron humo —dijo Rose, su voz pequeña y aterrorizada.

—Fue una cosa defensiva —dijo James, mirando de cara a cara.

—¡No sabía lo que estaba haciendo! —Scorpius miró a James a los ojos, con expresión impasible. —No creo que Morganstern lo haya hecho en absoluto —dijo con poco énfasis. —Y *no* creo que se detuviera cuando desaparecieron sus atacantes.

James se sintió lentamente helado hasta que la realidad de las palabras de Scorpius lo estableció en su lugar.

—No fue el poder de Petra el que lo causó —susurró, volviendo a mirar el relámpago destellante. —Fue... una especie de onda de choque de finalidad. Comenzó justo aquí, en el momento en que abrió su portal. Fue la última pisada que derribó toda la casa de la realidad.

—Pero eso significa —dijo Rose con voz temblorosa —que la onda de choque todavía se está extendiendo, todavía tragándose todo a medida que avanza, extendiéndose por toda la tierra.

—Sobre todo el *universo* —exhaló Zane tristemente, mirando hacia la oscuridad.

La tormenta todavía hervía arriba, espesándose y gimiendo con truenos. Pero todo lo que estaba más allá del cementerio estaba descendiendo lentamente en negro, escabulléndose como cosas detrás de un velo de terciopelo.

—El plan de Petra no funcionó —Rose se desplomó, horrorizada.

—Nunca se *pensó* que funcionaría —respondió Ralph, la ira apretando su voz.

Albus negó con la cabeza. —¡Pero *tenía* que hacerlo! —exclamó, el miedo y la frustración alzaron la voz. —¡Ella tenía todos los elementos! ¡No pensé que funcionaría sin matarme a mí o a James, pero solo su sangre debe haber sido suficiente!

—¿*Qué* elementos? —preguntó Scorpius, sus ojos se agudizaron.

La lluvia comenzó a caer por todas partes, salpicando las tumbas con gruesas y pesadas gotas. El viento recorría la maleza y la hierba, y se volvía inquieto incluso cuando todo lo que había más allá de la valla llegaba a la oscuridad. El portal de rayos ofrecía la única iluminación, oscureciéndose gradualmente con cada segundo que pasaba.

—¡Los tres sigilos! —gritó Albus sobre el viento creciente, levantando sus manos. —¡Odin-Vann hizo que Petra y yo los memorizáramos para que no los olvidemos! ¡Había una señal de generación, la llave del mundo alternativo, y la sangre del amor más querido! Vinimos aquí, desenterramos la tumba de la abuela de Petra y le tomamos un mechón de pelo. *Esa* era la muestra de una generación anterior. Ella tenía el broche del

universo original de Morgana. Esa era la llave de un mundo alternativo. Y luego, bueno, se *suponía* que ella debía matarme.

Rose pareció horrorizada. —¿Estabas dispuesto a *morir* por su portal?

Zane se aturdió. —¿*Tú* eras su amor más querido?

Albus se dejó caer para sentarse sobre una lápida rota. —*James* es a quien ama, aunque nunca pude imaginar por qué. Sin embargo, ella no se atrevía a matarlo, así que me ofrecí como voluntario. Ella me pidió que ayudara, después de todo. Hace unas semanas, Odin-Vann me dijo lo que eso se podría significar. No lo haría por él. Sino por Petra...

—Odin-Vann sabía que era su plan desde el principio —asintió Zane con dureza. — Incluso antes de que el Archivo fuera destruido y le dijo a Petra sobre esta última opción.

—Estaba lo suficientemente cerca como para ser el final de los tres sigilos —Albus se encogió de hombros, —siendo de la misma sangre que James. Así que sí, estaba dispuesto a morir en este mundo, por Petra, pero de ninguna manera para *siempre*. No soy un *mártir*. Petra dijo que si hacía su parte bien, obtendríamos una especie de destino alternativo en lugar de este. Nada de esto malo hubiera sucedido. Estaría vivo en ese otro destino, y probablemente nunca recordaríamos esta versión de los acontecimientos.

—Entonces, cuando puso mi sangre en su mano —se preguntó James en voz alta — sabía que podría ser suficiente para abrir el portal dimensional. Después de todo, si ella no me hubiera curado, probablemente *estaría* muerto ahora mismo. Llamó al conjuro, y funcionó.

Zane dio un silbido bajo. —Un viaje de ida al otro lado...

—¿Pero por qué esta parte tenía que suceder en *absoluto*?! —gimió Rose, con los ojos muy abiertos y la boca baja en la miseria. —¡Nuestros padres! ¡El mundo entero! ¡Todos yéndose a la nada! ¡Cualquiera que sea el portal que Petra abrió y entró, seguro que no cambió nada! ¡Por qué incluso obligarla a hacerlo!

—¡*Todo* lo que Odin-Vann dijo era una mentira! —exclamó James, repentinamente lleno de una especie de furia perdida. —¡Solo la quería ocupada para que él y Judith

pudieran trabajar su plan a sus espaldas! ¡Probablemente la obligó a conjurar un portal en la nada solo para acabar con ella!

—No, —dijo de repente Ralph, su voz baja. Sus ojos se llenaron de pensamientos, y él extendió la mano en la oscuridad, tanteando, agarrando el brazo de James. —¡No! ¡El no mintió sobre todo! Al menos... ¡No en *una* cosa!

—Pero... —parpadeó James y volvió hacia su amigo. —Dijiste... que nada de lo que Odin-Vann dijo podía ser confiable. Y estabas en lo cierto. Fue un mentiroso y un traidor desde el principio.

Ralph estaba sacudiendo la cabeza con asombro, aun mirando a la nada, sumido en sus pensamientos. —Hubo una cosa en la que *no* mintió. ¡Porque realmente no quería decirlo! Lo dejó salir sin siquiera pensar. Y luego, igual de rápido, lo cubrió. ¿No te acuerdas? —sus ojos finalmente se enfocaron y se volvió hacia James.

Urgentemente, Albus exigió —Échalo afuera, Dolohov.

—Rose, —dijo Ralph, volviéndose hacia ella. —Ayer, cuando todos nos encontramos en Gertrudis, le preguntaste a Odin-Vann a dónde podría ir Petra para cumplir su tarea, donde el destino todavía estaba intacto y sus elecciones seguirían siendo importantes. ¿Recuerdas lo que dijo?

Rose lo miró con el ceño fruncido en la oscuridad, con los ojos muy abiertos y afligidos.

—El pasado, —respondió James en voz baja, dándose cuenta de lo que estaba pasando. —Recuerdo. Lo soltó, y luego lo pasó por alto, diciendo que se refería a algún lugar en el que Petra había estado una vez, en algún lugar importante para ella. Pero eso fue solo un encubrimiento. ¡Porque el pasado es donde él y Judith planearon ir todo el tiempo...!

Ralph asintió lentamente, sombrío. —Nunca tuvo la intención de que Petra conjurara un portal a la dimensión de Morgana. Quería usarla para conjurar un portal a través del *tiempo*. ¡Como hechicera, ella es la única suficientemente poderosa para hacerlo! Lo que sea que Judith y él quieran hacer, sea cual sea el nuevo destino que pretendan crear, tiene que hacerse antes de que se cierre el destino. ¡Cuando las elecciones aún importaban!

— Antes de que todo esto sucediera — dijo Rose débilmente.

— ¡Tenemos que seguirla! — gritó James, despertando y caminando hacia el portal del rayo otra vez, incluso cuando estaba más delgado, aún se desvanecía.

— ¡No *podemos!* — dijo Albus, agarrando la manga de su hermano nuevamente. — ¡Ya les *dije!* ¡Cualquiera que ingrese al portal sin los tres sigilos muere instantáneamente! ¡Es *magia oscura!* ¡Requiere pago!

— Aquí tienes — dijo Scorpius, acercándose y tomando la mano de James, dejando caer algo sobre su palma abierta.

James miró hacia abajo, su mente dando vueltas y vio un par de viejas gafas negras descansando en su mano. Eran pesadas, los lentes empañados de polvo. Miró a Scorpius otra vez. El chico rubio se encogió de hombros y giró su varita.

— ¡Accio ataúd! — dijo simplemente. — Vi dónde se dirigía esto y volví corriendo para visitar las tumbas de tus abuelos. Están justo allí en la esquina donde empezaron estos dos — inclinó su cabeza hacia Albus. — Esas son las gafas de tu abuelo muerto. Sin embargo, dudo que te sirvan a ti.

Ralph miró rápidamente de Scorpius a Rose. — ¿Qué pasa con los otros dos sigilos? ¿Una reliquia de alguna otra dimensión? ¿Dónde vamos a encontrar algo así?

— ¡Santos Hinkypunks...! — anunció Zane de repente, levantando las cejas en una epifanía de inspiración. Echó un vistazo a Ralph, luego a James, con los ojos enloquecidos de asombro. — ¡Realmente nunca llegué a devolverlo al museo en la Torre de Artes después de que lo usamos el otoño pasado! ¡Lo he andado trayendo para todos lados, demasiado cauteloso como para dejarlo solo en casa, pero demasiado perezoso para ocuparme de eso! — rebuscó en el bolsillo de sus pantalones vaqueros y sacó un objeto plateado y grande. James se quedó boquiabierto al verlo.

— ¡La herradura del unicornio! — jadeó — ¿Lo has llevado en el *bolsillo* todo este tiempo?

— ¡Las herraduras son de buena suerte de donde vengo! — Zane se encogió de hombros y abombó sus ojos, y extendió sus palmas, una de las cuales aún sostenía la milagrosa herradura. — Y por una vez, la morosidad es algo bueno, ¿no?



James se metió las gafas de su abuelo en el bolsillo cuando Zane le tendió la forma de plata antigua. Estaba fría y muy pesada en su mano izquierda.

—Pero —le preguntó, sin dejar de mirar el objeto que brillaba suavemente —¿qué hay de la sangre del amor más querido?

Rose alcanzó y agarró la mano derecha de James, que colgaba a su lado. Ella la levantó, mostrando la mancha seca de rojo que todavía pegaba sus dedos.

—¡La sangre de Petra! —dijo con voz ronca, con los ojos llenos de asombro. — ¡Tocaste su rostro sangrante! Vi que lo hiciste desde mi escondite, justo antes de que ella atravesara el portal.

James miró la sangre de Petra en su mano. Todavía brillaba en rojo donde no se había secado a un marrón pegajoso. Las gotas de lluvia que refrescaban cayeron, humedeciéndola nuevamente.

—¡Tienes los tres sigilos! —Albus gritó sobre el creciente rugido de la tormenta, forzando a James a mirarlo a la cara. —¡Solo *tú* puedes seguir a Petra!

—¡Ve, James! —dijo Zane, empujando a su amigo hacia adelante. —¡Ve y detenlos! ¡No los dejes ganar!

—Salva a Petra —Rose agregó sin aliento.

—Sálvalos a *todos* —respondió Scorpius.

Ralph agarró a James por el hombro. —Puedes hacerlo, amigo. Esta batalla es toda tuya.

James asintió impotente. —Justo como dijo la dríada.

Se volvió hacia el portal de rayos. Todavía crepitaba y se retorció, cautivo entre el cielo y lo que quedaba de tierra. Pero se estaba atenuando, desvaneciéndose incluso mientras miraba, muriendo con el resto del mundo, con el resto del universo conocido. Lo único que quedó fue la tormenta en lo alto. Se condensó, descendiendo en un rugido que espesaba el aire, bajando sobre James, buscándolo implacablemente.

James dejó escapar un suspiro profundo y tembloroso. Con las gafas de su abuelo muerto en el bolsillo, la herradura plateada en su mano izquierda y la pinta de sangre de Petra en la derecha, dio un paso adelante.

El portal de rayos se estaba reduciendo, pero de alguna manera todavía brillaba deslumbrantemente. La luz maldita inundó sus ojos, borró la interminable y hambrienta oscuridad más allá.

Dio un paso adelante, sintió el poder que le recorría el pelo, acariciaba sus mejillas y sus hombros como tentáculos eléctricos. Él cerró los ojos.

Y luego, de repente, el portal lo envolvió.

Su siguiente pasó lo sacó del mundo, fuera del tiempo y para siempre.